

The background of the cover is a dark grey field with a white, stylized leaf pattern. The leaves are arranged in a dense, overlapping manner, creating a textured, organic feel. The pattern is symmetrical and fills the entire frame.

MANUEL GONZÁLEZ MORALES

# Releyendo la Prehistoria

La Huerta Grande  
Ensayo

Manuel González Morales

# **RELEYENDO LA PREHISTORIA**

LOS PINTORES (NEGROS) DE ALTAMIRA Y OTRAS HISTORIAS



© De los textos: Manuel González Morales

Madrid, junio 2018

EDITA: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición  
ISBN13: 978-84-17118-31-0  
D. L.: M-14871-2018

Diseño cubierta: Enrique García Puche para TresBien Comunicación  
Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/ *Printed in Spain*

## INTRODUCCIÓN

Lejos de mi intención pretender compararme con el gran Magritte, pero es obligado comenzar con una aclaración: esto no es un libro de Prehistoria, a pesar de las apariencias (ni mucho menos una pipa, claro). No hay que buscar en sus capítulos la estructura típica de un artículo científico, con su introducción, descripción de material y métodos, discusión y conclusiones, y demás elementos. En todo caso, sería un libro *sobre* la Prehistoria, en su acepción de disciplina que estudia nuestro pasado remoto.

La Historiografía parece hoy en día, a ojos de muchos investigadores altamente especializados en parcelas concretas del estudio de la Prehistoria, una pasión inútil. No estoy de acuerdo en absoluto con esa visión: si no somos conscientes de que todo el proceso de creación de conocimiento a través de la ciencia es una construcción humana ligada a los prejuicios sociales, culturales y académicos propios de cada momento histórico, difícilmente vamos a poder

tener una visión crítica de nuestro propio trabajo y de sus forzosas limitaciones. Reflexionar sobre cómo creamos los relatos del pasado no es superfluo, sino una obligación permanente y necesaria. De ahí la idea de explicar a un público más amplio que el meramente académico esa necesidad de volver sobre lo que nos han contado de la Prehistoria y tratar de buscar las explicaciones más coherentes para los hechos que a menudo damos por sentados. Ni que decir tiene que, muy probablemente, en unos pocos años otros investigadores cuestionarán muchas de las afirmaciones que aquí se recogen, argumentando de manera rigurosa sus conclusiones. Es, por fortuna, la forma de proceder de la ciencia, en constante revisión y crítica de lo ya dicho para acomodarlo a los nuevos datos.

Estos capítulos que siguen son nuevas elaboraciones de conferencias o seminarios a lo largo de los últimos años, y deben parte de su contenido a preguntas y discusiones surgidas en ellos. Entiendo que es obligado mencionarlas y agradecer a sus promotores la invitación para compartir estos temas con un público interesado y exigente.

El primero, relativo a los aspectos centrales del descubrimiento de Altamira por Marcelino Sanz de Sautuola, deriva de diversos trabajos sobre el tema publicados con anterioridad en solitario o en compañía de Óscar Moro, actualmente profesor en la Memorial University of Newfoundland (Terranova, para entendernos), en Canadá. Pero el desencadenante de la actual versión fue la invitación por parte de mis viejos amigos Antonio San Miguel y Elena González

para impartir una charla a la agrupación de Rotary International de Santander, con motivo del estreno de la película *Altamira*, protagonizada por Antonio Banderas, a la que siguió un interesante intercambio de pareceres que ha enriquecido la versión inicial. Supongo que debería agradecer también a los autores del lamentable guion de la película por su estímulo para intentar combatir la deformada imagen que daban del gran descubridor y de su gesta científica excepcional.

La segunda entrega nace de dos charlas impartidas en las ediciones de los Ciclos de Conferencias sobre Prehistoria de Puente Viesgo correspondientes a los años 2003 y 2008, y dedicadas respectivamente a conmemorar los centenarios de la serie de descubrimientos de cavernas con arte paleolítico de 1903 en Cantabria y 1908 en Asturias. Me intrigaba el lapso temporal de 24 años transcurrido entre el descubrimiento de las pinturas de Altamira en 1879 y el de las de Covalanas en 1903, fecha a partir de la cual hubo ya una continuidad en los hallazgos a lo largo de una década, y más aún el retraso de la primera identificación de representaciones paleolíticas pintadas y grabadas en Asturias, en este caso en la Cueva del Pindal, en 1908. La invitación de los organizadores, la Asociación de Amigos de las Cuevas de Puente Viesgo y en su nombre Chema Ceballos, me obligó a rebuscar en los testimonios de la época en busca de las razones que pudieran explicar este fenómeno.

El tercer capítulo tiene su origen en una conferencia impartida en el Balneario de Puente Viesgo en el año 2005, dentro del mismo Ciclo de Conferencias

sobre Prehistoria, entonces organizado por la Sociedad Prehistórica de Cantabria. Me pareció adecuado en aquel momento unir el lugar con el tema de la charla y con las vecinas cavernas del Monte Castillo, y explorar la presunta relación de las aguas termales con los grandes santuarios paleolíticos. Debo agradecer indirectamente a mi colega (y sin embargo amiga) Pilar Utrilla, catedrática de Prehistoria de la Universidad de Zaragoza, el estímulo que su provocativa visión del tema me supuso para estudiarlo un poco más a fondo, aunque nuestras conclusiones, como tantas veces pasa en estas cuestiones, resultaran diametralmente opuestas. Y también la ayuda inestimable de mi compañero de la Universidad de Cantabria Ramón Herce, que lo sabe todo sobre ferrocarriles.

El último capítulo, dedicado a los pintores (negros) de Altamira, ha sido fruto de diversas presentaciones —y posteriores coloquios— en torno a la Dama Roja de la Cueva del Mirón, esa enigmática mujer que vivió en lo que hoy es Ramales de la Victoria hace algo más de 18000 años, y en especial las dedicadas a sus características genéticas, desveladas a mediados de 2016 a través de una publicación colectiva en la revista *Nature*. Creo que es una reflexión obligada en unos momentos en que las reclamaciones identitarias, xenófobas o abiertamente racistas parecen ganar peso a través de Europa y de los Estados Unidos. Los modernos estudios genéticos nos muestran, por el contrario, unas poblaciones históricas en movimiento constante, que se desplazan, entremezclan, nacen y desaparecen a una escala planetaria,

recordándonos que todos descendemos de quienes fueron inmigrantes africanos en uno u otro momento del pasado, y un pasado muy reciente dentro de la duración de nuestro género humano.

Por último, todas estas reflexiones difícilmente hubieran acabado escritas de esta forma sin la insistencia y empuje de mi buen amigo Fernando Gomarín y el interés y apoyo entusiasta de Philippine González-Camino para llevar a buen puerto esta edición. Y desde luego, sin la afortunada, cotidiana y necesaria persecución de Yolanda Díaz Casado para hacerme terminar de una vez el manuscrito. A todos mi agradecimiento.



# 1

## DON MARCELINO Y EL BOSÓN DE HIGGS

La polémica en torno al descubrimiento de Altamira es uno de los relatos canónicos que mejor ejemplifica las manipulaciones ideológicas y las causas del retraso en aceptar la autenticidad de sus pinturas. Queriendo convertir a Marcelino Sainz de Sautuola en un héroe frente a enemigos inventados, se ha oscurecido el extraordinario valor de su aportación científica fundamental.

El estreno reciente de una película dedicada al descubrimiento de Altamira volvió a traer al primer plano de la actualidad la cadena de sucesos que se iniciaron cuando, en 1880, Marcelino Sanz de Sautuola publicó un pequeño estudio que, con su innata modestia, tituló *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*. Esta obra, de tan solo veintisiete páginas y cuatro láminas, iba a revolucionar el estudio del pasado humano y la percepción que entonces se tenía de lo que eran las capacidades mentales de las sociedades paleolíticas, a partir de una

cadena de razonamientos científicos de una lucidez excepcional. Sin embargo, para la mayoría de los mortales, el gran mérito de don Marcelino fue tropezarse casualmente con una cueva cerca de su casa y contar que allí dentro había unos bisontes pintados.

El inicio de esta historia parece ser bien conocido de todos: hacia 1868, Modesto Cubillas (o Cobielles, en otras fuentes), tejero de origen asturiano asentado en la localidad, encuentra la entrada de la cueva, según parece tras un hundimiento que la hizo más accesible. Conocedor sin duda de los intereses de don Marcelino en los más diversos aspectos del estudio de la naturaleza y las antigüedades (y parece que arrendatario suyo), este buen hombre se lo fue a contar en algún momento posterior e impreciso. El caso es que en 1876 Marcelino Sanz de Sautuola visita la cueva y explora sus galerías, sin al parecer prestarle una atención especial a la cavidad ni a las figuras pintadas que ya ve en esa primera excursión, según sus propias palabras al respecto. Queda la duda de si Modesto Cubillas también las había visto, como afirmó tiempo después, pero en todo caso el hecho de *verlas* no era lo relevante, como más adelante se muestra.

Por aquel entonces la cueva ni siquiera se llamaba Altamira. En su primer plano, que sin duda trazó alguno de los colaboradores de Sautuola, o él mismo, aparece con el nombre de «Cueva de Santa Olaja». Puede parecer extraño, pero ignoramos quién y en qué preciso momento dio preferencia al nombre con la que hoy es universalmente conocida, y solamente

contamos con las palabras de don Marcelino en los *Breves apuntes*:

«Hállase situada en la sierra comun, sitio llamado de Juan Mortero, término del lugar de Vispiéres, Ayuntamiento de Santillana del Mar, (recientemente la han denominado de Altamira, tomando este nombre de un prado inmediato que se llama así); ...»

Podemos añadir que Santa Olaja es, aún hoy en día, el nombre de la «sierra común» a la que el autor hace mención.

A pesar de ese desinterés inicial, en 1879 Sautuola retorna a la cueva, excava en su entrada, identifica la extraordinaria serie de bisontes del gran techo y atribuye sus figuras pintadas a la época paleolítica por primera vez en la Historia. ¿Qué ocurrió entre ambas visitas que desencadenó esa secuencia de hechos extraordinarios? El propio autor nos lo cuenta de una manera sencilla:

«...aguijoneado por mi afición á estos estudios y escitado muy principalmente por las numerosas y curiosísimas colecciones de objetos prehistóricos, que tuve el gusto de contemplar repetidas veces durante la Exposición Universal de 1878 en París, me resolví á practicar algunas investigaciones en esta provincia, que ya que no tuvieran valor científico, como hechas por un mero aficionado, desprovisto de los conocimientos necesarios, aunque no de fuerza de voluntad, sirvieran al menos de noticia primera y punto de partida, para

que personas más competentes tratasen de rasgar el tupido velo que nos oculta aún el origen y costumbres de los primitivos habitantes de estas montañas».